

PATRIMONIO E IDENTIDAD FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN

GILBERTO GIMÉNEZ



Gilberto Giménez es investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

PATRIMONIO Y PATRIMONIOS

La noción de patrimonio deriva del latín *patrimonium*, y en el derecho romano significaba simplemente el bien que se posee por herencia o legado familiar. En su acepción moderna implica la apropiación colectiva, en forma de legado o “bien común”, de un conjunto selecto de vestigios y productos del pasado que pueden ser tanto materiales como ideales e intangibles, tanto naturales como culturales. Así entendida, la noción de patrimonio ha ampliado y diversificado enormemente su contenido. Hoy hablamos, por ejemplo, de patrimonio nacional o regional, de patrimonio etnológico o arqueológico, de patrimonio natural, de patrimonio histórico, de patrimonio artístico y hasta de patrimonio genético.¹

En sociología de la cultura partimos de la tesis de que todo grupo humano y toda sociedad tiende siempre a privilegiar un pequeño sector del conjunto de sus bienes culturales, separándolo del resto y presentándolo como simbolizador por excelencia de la totalidad de su cultura y, en última instancia, de su identidad.² Eso es lo que se llama “patrimonio cultural”, que en cuanto tal, no representa toda la cultura de un grupo, de una región o de un país, sino sólo una selección valorizada de la misma que funciona como condensador de sus valores más entrañables y emblemáticos. Por lo tanto, no debe confundirse el todo con la parte que lo simboliza por metonimia.

A todo lo dicho debe añadirse que la representación del patrimonio como bien compartido en el seno de una sociedad particular y como expresión de una comunidad particular conduce a la “naturalización de la cultura”, en el sentido de que se lo arraiga al “suelo natal” o “territorio patrio”. Por lo tanto, el patrimonio cultural es siempre un patrimonio fuertemente territorializado.

EL PATRIMONIO COMO OBJETIVACIÓN DE LA MEMORIA Y REFERENTE DE IDENTIDAD

El patrimonio así entendido está estrechamente ligado a la memoria colectiva y, por ende, a la construcción de la identidad de un grupo o de una sociedad.³ En efecto, el proceso de patrimonialización responde en primer término a una “demanda social de

¹ Véase André Chastel, “La notion de patrimoine”, en Pierre Nora (Ed.), *Les lieux de mémoire*, Éditions Gallimard, París, 1997.

² Passeron, Jean-Claude, *Le raisonnement sociologique*, Nathan, París, 1991, p. 327.

³ Véase Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Seuil, París, 2000.

memoria” en búsqueda de los orígenes y de la continuidad en el tiempo, lo que conduce a un gigantesco esfuerzo de inventario, de conservación y de valorización de vestigios, reliquias, monumentos y expresiones culturales del pasado.⁴ Y como la memoria es generadora y nutriente de identidad, responde también a la necesidad de crear o mantener una identidad colectiva mediante la escenificación del pasado en el presente. Por eso los museos regionales y los museos de tradiciones populares suelen llamarse también en Europa “museos de identidad”.

Avancemos un paso más: así como hay que distinguir entre cultura *dicha o declarada* y cultura efectivamente practicada en el seno de un grupo o de una sociedad,⁵ hay que distinguir también entre lo que algunos llaman “ideología patrimonial” con propósitos preformativos (que suele manifestarse en los discursos y documentos oficiales que muchas veces sólo se proponen hacer realidad lo que todavía no existe⁶), y el patrimonio realmente vivido, reconocido y compartido como tal por los miembros de una comunidad. Por eso sería un error metodológico inferir la existencia de un sentimiento real de apropiación patrimonial sólo a partir de los discursos de los líderes o de las autoridades de una determinada sociedad.

La patrimonialización selectiva del pasado, cuya expresión institucional son los museos de diferentes tipos, los archivos, los monumentos históricos o arqueológicos, la demarcación de “lugares de memoria”,⁷ las declaratorias oficiales de la excepcionalidad histórica o estética de determinados sitios, de ciudades enteras o de áreas del espacio público urbano, desempeña, entre otras, las siguientes funciones:

- 1) Alimenta, como se ha dicho, la memoria colectiva y la identidad de los grupos sociales en diferentes escalas;
- 2) Simboliza por metonimia el conjunto de una cultura particular mediante la puesta en relieve de lo que se consideran sus mejores ejemplares o exponentes;
- 3) Realza, de cara al exterior, la excelencia de la producción cultural del pasado, contribuyendo a acrecentar su prestigio y a suscitar la admiración de los extraños;
- 4) Frecuentemente adquiere una valencia económica indirecta, en la medida en que los bienes patrimoniales pueden convertirse, por ejemplo, en bienes de consumo turístico que atraen a visitantes de diferentes latitudes.

EL CONCEPTO DE GLOBALIZACIÓN

Pasemos ahora a la cuestión central de esta ponencia: ¿cuáles son los desafíos que debe enfrentar el patrimonio cultural así entendido en el contexto de la globalización económica? La respuesta exige dilucidar previamente lo que entendemos por globalización.

Si prescindimos de la *doxa*⁸ en la que suele venir envuelto el concepto de globalización, y asumimos el punto de vista de la economía política, la globalización puede ser definida simplemente como la expansión, a escala planetaria, del orden capitalista bajo su modalidad neoliberal. Designa, por lo tanto, la fase más reciente del capitalismo y del marco político que lo ayuda a prosperar.⁹

⁴ Joel Candau, *Mémoire et identité*, PUF, París, 1998. p. 156.

⁵ Jean-Claude Passeron, *Le raisonnement sociologique*, Nathan, París, 1991, p. 325.

⁶ Por ejemplo, la ley de 199 sobre el patrimonio cultural vasco lo presenta como “la principal expresión de la identidad del pueblo vasco y el testimonio más importante de la contribución de este pueblo a la cultura universal”. La ley catalana de 1993 define su patrimonio cultural casi en los mismos términos.

⁷ En el sentido que le confiere Pierre Nora en su obra monumental, *Les lieux de Mémoire*, (1997).

⁸ Véase Bourdieu, Pierre, *Contre-feux*, Raisons d’agir, París, 1998.

⁹ Susan George, *Un autre monde est possible*, Fayard, París, 2004, p. 24.

En cuanto orden capitalista, implica no tanto la “propiedad de los medios de producción”, como sostenía el marxismo, sino más bien el control de la actividad de las empresas, cualquiera sea su tamaño y donde quiera se hallen radicadas, para obtener el máximo beneficio al menor costo. Sólo que este beneficio se expresa en nuestros días sobre todo bajo la forma de valor accionario en las grandes bolsas nacionales o internacionales, aunque sin descuidar los resultados financieros.

En cuanto a su modalidad neoliberal,¹⁰ la globalización ha reactivado la creencia del liberalismo clásico en las virtudes redistributivas del mercado mediante el libre juego del “mecanismo de los precios”, lo que requiere la no interferencia del Estado y el abandono de toda pretensión de regulación. En el ámbito de los negocios el único papel del Estado sería el de facilitador de la dinámica del mercado mediante la desregulación y la apertura total de sus fronteras a la libre circulación de dinero, bienes, servicios y capital. Por eso el neoliberalismo propugna el libre intercambio y el “adelgazamiento del Estado”, que implica no sólo su retiro del mercado, sino también la dimisión de sus responsabilidades sociales y el traspaso de la gestión de los bienes culturales a la iniciativa privada, so pretexto de rentabilidad.

Resulta interesante observar que Marx había anticipado claramente, en *El manifiesto*, no sólo la dinámica expansiva del capitalismo, sino también sus efectos disruptivos sobre las culturas particulares tradicionales.

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales[...]. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción en todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores.

Y resulta más interesante todavía para nuestros propósitos lo que sigue:

Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

PATRIMONIO CULTURAL Y GLOBALIZACIÓN

En mi opinión, la amenaza mayor que se cierne sobre el patrimonio cultural es su devaluación paulatina en cuanto expresión de una cultura particular fuertemente territorializada, debido a que resulta disfuncional para la lógica homogeneizante y des-territorializada de los mercados globales.

En efecto, lo que hemos llamado “patrimonio cultural” forma parte de las culturas particulares nacionales o regionales como núcleo emblemático y significativo de las mismas. Las culturas particulares se contraponen a las industrias culturales globa-

¹⁰ Véase Jan Aart Scholte, *Globalization*, St. Martin's Press, Nueva York, 2000.

lizadas, y se definen como la configuración compleja de formas simbólicas elaboradas y producidas por un determinado grupo humano a lo largo de su historia con el fin de dar sentido a su vida y de resolver sus problemas vitales.

Este tipo de cultura es, por su propia naturaleza, particularizante, social y geográficamente localizada y, sobre todo, “diferenciadora con respecto a los otros”, lo que quiere decir que está siempre disponible como matriz potencial de identidad.¹¹

Estas características entran en contradicción directa con la lógica homogeneizadora de los mercados globales, que necesitan de consumidores estandarizados, flexibles e intercambiables que no estén limitados por lealtades nacionales, regionales o locales muy fuertes. Por eso ya desde años atrás los ideólogos de la globalización anunciaban el advenimiento de una cultura planetaria llamada a superar “las culturas firmemente arraigadas, las religiones sólidamente atrincheradas y las identidades nacionales demasiado diferentes”, como dijera el antiguo consejero del expresidente James Carter y fundador de la Comisión Trilateral Zbigniew Brzezinski.¹² Añádase a esto la retórica masiva y omnipresente de los apóstoles de la globalización que predicán la *desterritorialización* de los procesos culturales, la disolución de las fronteras, el debilitamiento de los poderes territoriales (incluidos los de los estados nacionales), la muerte por asfixia de los particularismos locales y la supresión de las “excepciones culturales”.¹³

Dentro de este panorama, se pueden delinear tres escenarios posibles para el futuro del patrimonio cultural:

- 1) Su depreciación paulatina como repertorio inerte y frío de un pasado cultural premoderno, radicalmente incompatible con la dinámica de la globalización y de la postmodernidad.
- 2) Su recreación y revitalización a través de políticas de resistencia que contrabalanancen la ofensiva neoliberal contra las culturas de identidad y de memoria.
- 3) Su transformación en mercancía de consumo a través de procesos de mercantilización que lo disocien de la memoria y de la identidad, subordinándolo a la lógica del valor de cambio.

Desde el punto de vista neoliberal sólo el último escenario podría *salvar* a la cultura patrimonial, sobre todo en tiempos de adelgazamiento y crisis fiscal del Estado. En efecto, al mercado capitalista también le interesa el patrimonio cultural, pero sólo como cultura de consumo y en cuanto mercancía rentable, lo que paradójicamente equivale a un tratamiento no cultural de la cultura.

En esta dirección se encaminan ciertas políticas que plantean la necesidad de “superar la concepción romántica del patrimonio”, proponiéndose confiar a empresas privadas la custodia y renta del patrimonio histórico y cultural según el sistema de franquicias. Lo que implicaría, por ejemplo, convertir los sitios históricos y los “lugares de memoria” en espectáculos de luz y sonido, en parques temáticos o en recintos exóticos para festivales frívolos.

¹¹ Vale la pena subrayar esta función diferenciadora de la cultura y, *a fortiori*, del “patrimonio cultural”, que no es más que su núcleo más relevante. Esta función ha sido brillantemente explorada por Pierre Bourdieu en su obra *La distinción* (1979) y ha sido también muy bien captada por I. Wallerstein cuando afirma que la cultura es, por definición, particularista y particularizante, sea en sentido antropológico, sea en sentido humanista. Después de todo, el concepto de cultura fue elaborado por los antropólogos para explicar la diversidad humana, y Franz Boas ya nos había enseñado que las culturas de las sociedades particulares fueron elaboradas para distinguirse de otras sociedades.

¹² Armand Mattelart, *Culture contre la démocratie?*, La Découverte, París, 1983, p. 55.

¹³ En un libro titulado precisamente *El fin del territorio*, B. Badie (1995) anuncia la descomposición de los territorios “en razón de la emergencia de una economía mundial que se presta cada vez menos a los procesos de regulación estatal-nacional”. En suma, el mundo se habría convertido en un gigantesco mercado global.

Nuestra tarea es contrarrestar estas políticas oponiéndoles una contra-política de identidad basada en la firme convicción de que el patrimonio es una cuestión de fidelidad y de memoria, y no de rentabilidad y de mercado.